

La cabeza, según la sentencia, debía estar expuesta durante tres días y ser después arrojada al río. Primeramente fue llevada por un niño, el cual, al pasar por las tiendas, se detenía para mostrarla. Los cristianos obtuvieron que fuese envuelta en una tela y colocada en una cesta. Al cabo de tres días, consiguieron sustraerla a los paganos y la llevaron a Chieu-ung, misión próxima a Bau No, donde un compañero del mártir **Cornay** la encerró en un cofre precioso, que colocó en la choza de paja que servía de capilla al convento.

Al año siguiente, en el mes de julio, esos mismos cristianos consiguieron llevarse, durante la noche, el cuerpo y lo transportaron también a Chieu-ung, en donde yace en la pe-

queña iglesia de ladrillo edificada en 1901 en honor del mártir.

En el Seminario de las Misiones Extranjeras se conserva un curioso cuadro pintado por un testigo anamita; cuadro que representa fielmente la escena de la ejecución; y, entre otras reliquias, la estera sobre la cual el mártir fue decapitado y cortado en trozos. Difícilmente se domina una impresión de horror a la vista de las grandes manchas de sangre que el tiempo ha vuelto casi negras y de las señales de los cortes producidos por el hacha de los verdugos al despedazar los miembros de la víctima.

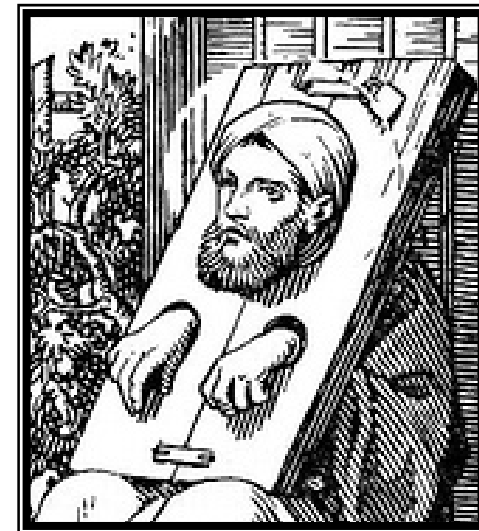
El 27 de mayo de 1900, **Juan Carlos Cornay** fue beatificado por **León XIII** con otros 76 mártires misioneros de esta época.

BEATO JUAN CARLOS CORNAY

(1809 – 1837)

MISIONERO Y MÁRTIR
EN EL TONKÍN

Fiesta: el 20 de septiembre



Juan Carlos Cornay es uno de esos seres privilegiados que, tras algunos días de cautiverio y por unos momentos de tortura, alcanzan la palma del martirio y arrebatan así la gloria celestial. La sencillez y la alegría, rasgos peculiares de su carácter, se manifestaron hasta en el momento de su martirio, pues cantando aceptó los sufrimientos y recibió la muerte.

Vino al mundo el 27 de febrero de 1809, en Loudun, en el Poitou, donde sus padres tenían un comercio de telas pintadas de Rúan.

Nada realizó, durante los años de estudio en el colegio de Saumur, ni más tarde en el seminario menor de Montmorillón, por donde se pudiera sospechar que el tranquilo joven llegaría a la altura del héroe: “*De gran*

sencillez, lindante con la simplicidad de carácter, pacífico y dulce, no hería ninguna sensibilidad por extremada que fuese, pues en él no había el menor indicio de amor propio y era bien visto de cuantos con él vivían”, según escribe uno de sus biógrafos.

La posición acomodada de sus padres le ponía en situación de seguir una brillante carrera liberal, pero cuando llegó el momento de tomar una decisión, declaró sencillamente su deseo de estudiar para sacerdote. El 20 de octubre de 1827, a los dieciocho años, ingresó en el Seminario de Poitiers. En él no se distinguió más que por una vida ordenada, estudiosa y devota, exenta de rarezas de carácter y de toda originalidad.

Este folleto ha sido realizado por los sacerdotes de la Fraternidad San Pío X

Para encontrar la capilla más cerca de su casa y hablar con un sacerdote:

<http://www.fsspx-sudamerica.org/>

VOCACIÓN MISIONERA

Pero la gracia obraba en el interior de aquella alma, y, sin poner de manifiesto sus cualidades latentes, **Dios** se preparaba un vaso de elección. Llegó el día en que el deseo del sacrificio empezó a brotar en él. Habiendo dado un misionero de la Compañía de **María** una conferencia en el Seminario sobre la Propagación de la Fe, el seminarista sintió despertar en su alma el deseo de las misiones y del martirio.

Madurado que hubo su proyecto, se lo comunicó a su familia, que en un principio se opuso a ello. Hay que leer las cartas a sus padres para ver con qué tierna firmeza las contesta el joven.

Querida madre mía:

*No puedo menos de derramar un torrente de lágrimas por las penas que te ocasiono... Si **Dios**, en verdad, me llama, será para mí el mayor sacrificio el separarme de ti; lo único que me produce pena, sois vosotros... Ten presente que no hay ninguna razón que pueda oponerse a la vocación; que cuando **Dios** llama a alguno, sólo le da las gracias que le son necesarias para ello, y castiga con la esterilidad todo lo que no es según su voluntad; y si yo*

*obedezco a la tuya, en desprecio de la de **Dios**, tendré toda mi vida el pesar de no obrar según su voluntad... Y aquí no es el caso de decir: “¿Por qué has de ser tú el que ha de ir?; deja que vayan otros”. **Dios** no dice eso. A aquel a quien envía, no le da derecho de descargarse sobre los demás... **Dios** y una madre son dos terribles enemigos cuando se trata de disputarse un hijo. Cuando **Jesucristo** dijo; “Todo aquel que no deje a su padre y a su madre para seguirme cuando yo le llame, no es digno de ser mi discípulo”, sabía perfectamente lo que era el corazón de una madre y que su negativa no era el signo de su voluntad.*

En otoño de 1830, salió para el Seminario de las Misiones extranjeras de París y en septiembre del año siguiente, diácono aún, fue enviado a la misión de Sechuén, en China. Llegó a Macao en marzo de 1832. Por falta de correos que le guiaran a través del Yunnán, hubo de residir cinco años en Hanoi, en el Tonkín occidental, donde fue ordenado sacerdote el 20 de abril de 1834. Atacado por las fiebres, se consideraba como inútil en la misión; mas por sus sufrimientos y por el sacrificio de su vida iba a procurar a la Iglesia de Tonkín la mayor gloria que pudiera darle con largos trabajos.

un satélite lleva una tabla en la que se lee la sentencia. Un general cierra el cortejo. El padre **Thé**, un sacerdote anamita, está en medio de la multitud y a una señal convenida da al mártir la última absolución.

A los veinte minutos de camino, el convoy se detiene en un campo; sacan al condenado de su jaula y le hacen sentar para quitarle las cadenas. Mientras los soldados llevan a cabo esta operación, los verdugos clavan en tierra cuatro estacas para con ellas sujetar las extremidades de la víctima. A una señal del mandarín, el mártir se despoja por sí mismo de sus vestidos y se tiende, contra tierra, sobre la estera de su altar que siempre le habían permitido tener en la jaula. Apenas se ha echado cuando los verdugos le atan los pies separados y las manos en los postes, mientras sujetan la cabeza entre otras dos estacas.

Todos estos preparativos no duraron menos de veinte minutos. El misionero estaba condenado a que le cortasen todas las articulaciones, y la cabeza debía ser cortada la última; pero el mandarín cambió la orden real y mandó que comenzasen por cortarle la cabeza.

A una señal del general se oyó un toque de timbal, y el jefe de los verdugos, levantando el sable, de un solo tajo cortó la cabeza del mártir. La alzó enseguida por una oreja, la arrojó a algunos pasos de distancia y, llevando el sable a sus labios, lamió tranquilamente la sangre. Cortó luego el brazo izquierdo y dejó a sus subalternos el cuidado de hacer lo mismo con las restantes extremidades. Después partieron el tronco según mandaba la sentencia; los verdugos arrancaron el hígado, lo despedazaron y se lo comieron. “Comiendo su hígado —decían— nos haremos valerosos como él”.

Terminada la ejecución, los cristianos recogieron los restos sangrientos, embebieron en la sangre cuanto tuvieron a mano: vestidos del mártir, pañuelos, papel, etc. Hasta los paganos, sobreponiéndose a su horror profundo por los cadáveres de los ajusticiados, fueron a recoger algunas gotas de esa sangre preciosa, a fin —decían— de “hacer, de estas reliquias raras, diversos sortilegios contra el diablo”. Por la tarde, un catequista llevó un ataúd, en el cuál se depositaron los miembros, reunidos con tiras de tela, y los enterraron en el mismo lugar del suplicio.

derarse como el “testamento del mártir”:

Queridos padres:

Mi sangre ha sido ya derramada en los tormentos y aún debe derramarse dos o tres veces antes de que me corten las cuatro extremidades y la cabeza.

*La pena que experimentaréis al enteraros de estos pormenores, me ha hecho ya verter lágrimas; pero también el pensamiento de que, cuando leáis esta carta, estaré con **Dios** intercediendo por vosotros, me ha consolado de vuestro dolor y el mío.*

*No señaléis con piedra negra el día de mi muerte: será el más feliz de mi vida, puesto que pondrá término a mis sufrimientos y será el principio de mi felicidad. Incluso mis tormentos serán atenuados; no me golpearán por segunda vez, más que cuando mis primeras heridas estén ya curadas. No me pincharán, ni me desentajarán como a **Marchand** y, suponiendo que mutilen mi cuerpo, cuatro hombres lo harán a la par y otro me cortará la cabeza: de ese modo no tendré que sufrir mucho.*

Consolaos, pues; en breve todo habrá terminado y yo estaré esperando en el cielo.



Minh Mang (1791—1841),
Emperador del Tonkin,
Llamado el “*Nerón anamita*”.

EL MARTIRIO

El 20 de septiembre de 1837, miércoles de Témporas, se verificó la ejecución, con ese aparato solemne y siniestro que caracteriza tales actos en el Extremo Oriente.

Trescientos soldados forman el cortejo y alrededor de la jaula del mártir se ordenan los verdugos, sa- bles y hacha en mano. Ante la jaula,



El Seminario de las Misiones Extranjeras de París, hoy en día

ARRESTO— RELATO DE SU PROPIA CAUTIVIDAD

Aunque no tan violenta en Tonkín como en otras regiones, la persecución constituía una amenaza por causa de ciertos edictos antiguos que no habían sido derogados.

Cierto jefe de piratas expulsado de la parroquia de Bau No, situada al norte de la Misión en donde el joven **Cornay** ejercía su ministerio, conocía el paradero de éste. El mandarín tam-

poco lo ignoraba, pero, complaciente por entonces, prefería disimularlo.

La mujer del jefe de los piratas, para vengar la expulsión de su marido, acusó a la ciudad de Bau No de ser el foco de una insurrección fomentada por el mismo **Cornay**. La indigna mujer enterró secretamente armas cerca de su casa de Bau No y, segura de su feliz éxito, denunció al misionero.

El gobernador estaba obligado a acoger la denuncia y, para dar muestra de su diligencia, el 20 de junio de 1837, envió un general y 1.500 soldados con orden de sitiar la reducida misión. El misionero no podía escapar a las pesquisas que se hacían. Dejemos que él mismo nos relate con lenguaje sencillo, sosegado y festivo a ratos, los preliminares de su martirio, en algunas cartas escritas a sus padres y a uno de sus hermanos en religión, las cuales pudieron llegar a su destino gracias a la benevolencia de un mandarín:

En el preciso momento en que vinieron a detenerme, salía para celebrar la Santa Misa. Como no había tiempo que perder, un cristiano me condujo a escape debajo de un espeso matorral, en donde me agazapé como pude.

Se pusieron a golpear y a ojear por todos los matorrales del pueblo, y ante la inminencia creciente del peligro que corría, me puse a rezar el Rosario, y podéis suponer qué misterios medité; podéis asimismo imaginaros qué sacrificio ofrecí aquella mañana en vez del de la Santa Misa, y qué meditación hice en vez de la del día.

Sin embargo, hasta las cuatro de la tarde los soldados no llegaron a donde yo estaba. Cuando vi penetrar en las matas sus largas lanzas provistas de una punta de hierro, no pensé en que hubiera sido preferible haberme dejado atravesar allí mismo, pues hubiese ahorrado todas las miserias que se siguen de las circunstancias presentes; salí antes de que el hierro me hiriera y me entregué a ellos.

¡Vedme, pues, prisionero!

Me sometieron al suplicio de la canga.

Luego de haber permanecido por mucho tiempo expuesto a los ardores del sol, me senté y esperé pacientemente lo que de mí dispondrían.

Hacia las cinco, viendo que mi ayuno se prolongaba, pedí al mandarín un poco de arroz. Me dieron tres cucharadas, que fueron toda mi refeción. Así se terminó el primer día. Me



El actual Vietnam, antiguamente llamado Tonkin

dieron una mala estera rota. Me senté sobre ella como pude con mi artefacto de tortura, pero me fue imposible cerrar los ojos en toda la noche.

Sin embargo, el comandante de las tropas, queriendo dar a su captura más resonancia y tratar a **Juan Carlos** como a un gran criminal, le hizo construir una jaula.

Vedme aquí, pues, encerrado cual si fuera un lobo — refiere festivamente el misionero —. En esta jaula, estuve al menos al abrigo de los golpes que repartían a troche y moche. Además, una



Martirio del Beato Juan Carlos Cornay

admirable carta a sus padres:

*Cuando recibáis esta carta, queridos padres, no os aflijáis por mi muerte: al consentir mi venida, aceptasteis ya la parte más grande del sacrificio. Cuando leísteis relatos de los males que asolan a este desgraciado país, inquietos por mi suerte, ¿no habéis tenido que renovar este sacrificio? Pronto, al recibir esta última despedida de vuestro hijo, habréis de completarlo; pero ya, de ello estoy convencido, estaré libre de las miserias de esta vida y seré admitido en la gloria celestial. ¡Oh, cómo pensaré entonces en vosotros! ¡Cómo suplicaré al **Señor** os dé gran parte de mi recompensa, puesto que la tenéis tan grande en el sacrificio! Sois demasiado buenos cristianos, para no comprender este lenguaje; me abstengo, por tanto, de toda reflexión. Adiós, queridísimos padres, adiós; ya en los grillos, ofrezco mis sufrimientos por vosotros. No olvido tampoco a mis hermanas; si en la tierra, cada día os he encomendado a **María**, ¿qué no haré junto a Ella, si consigo la palma del martirio?*

Sin embargo, enterado el Rey por los mandarines de la captura hecha por los soldados, retardaba la respuesta. Quince días después, hizo saber que dejaba la sentencia al arbitrio de los mandarines.

Empezaron entonces los interrogatorios; y se sucedieron las instancias para obligar al mártir a apostatar. Ante sus fracasos, le golpearon cruelmente.

*Por muy doloroso que haya sido este interrogatorio —escribe aún—, el mayor dolor fue el que sentía en los brazos, atados por el puño y entumecidos, además, por la canga en la que estaban tendidos. Por fin me llevaron a mi jaula y, al llegar a ella, canté la Salve. Decid a mi criado **Kim** que no ha salido un solo ¡ay! de mis labios; no he soltado un solo quejido hasta el fin, cuando ya el brazo me hacía sufrir lo indecible; esperaba ser sometido a nuevos tormentos al día siguiente, según las amenazas que me hicieron, pero **Jesús** ha apartado de mí ese cáliz de amargura.*

En uno de los interrogatorios siguientes, quisieron obligarle a pisotear el crucifijo, pero él se negó rotundamente a semejante sacrilegio.

El Rey **Ming Mang**, apellidado el Nerón anamita, sabiendo que no podría vencer la constancia del europeo, ordenó que le cortasen los miembros.

El Beato se preparó valerosamente al sacrificio y escribió al mismo tiempo a su familia su última y conmovedora carta que puede consi-

vez la bestia en la jaula, sus guardas, viéndola segura, no se preocuparon más de ella.

Los oficiales examinaron las prendas y ornamentos que me habían tomado y, naturalmente, no los trataron con la delicadeza de un sacristán. Sin embargo, a mis instancias me concedieron seis tomitos que estaban ante mí. Preguntado sobre el uso que de ellos hacía, les contesté que eran libros de oraciones de los que me servía para rogar por ellos. Esta respuesta les agradó.

— Devolvedme también la imagen de mi **Dios** — les dije, señalando un crucifijo entre los objetos quitados —. Me ayudará a soportar mi cautiverio.

Los soldados accedieron a mis ruegos, y heme aquí en mi encierro llevado por ocho hombres, a Son Bay, capital de la provincia, situada a unas seis leguas de Bau No.

El trayecto fue muy penoso. La jaula hecha de gruesos bambúes, era demasiado ancha para lo estrecho de los caminos, por lo que difícilmente podía pasar por ellos. Continuamente había que ir apartando las malezas, cortar las ramas y a menudo apartarse de los senderos para ir a campos traviesa. El avance era por fuerza len-

to. La primera noche la jaula y el enjaulado la pasaron al sereno.

*Al día siguiente, al amanecer — prosigue el mismo **Cornay**—, continué la marcha, que fue en cierto sentido demasiado aparatosa. Unos 150 soldados me precedían y otros tantos me seguían con mandarines en palanquín; mi jaula, llevada por ocho hombres, y sombreada por una alfombra roja, iba en el centro; detrás de mí venían diez cristianos, que habían sido detenidos conmigo; andaban tristes, atados uno a otro por el extremo de la canga. En el camino multitud de gente acudía a presenciar la novedad del espectáculo. De este modo llegamos a una de las prefecturas del país; me pusieron ante un mandarín, el cual empezó ante todo por mandarme que cantara, pues tenía yo fama de ser un buen cantor. Aunque me excusé, por estar aún en ayunas, no me valió y hube de cantar.*

Desplegué, pues, toda la extensión de mi hermosa voz, seca por ayuno de dos días, y les canté lo que pude acordarme de las viejas canciones de Montmorillón. Todos los soldados me rodearon y numeroso gentío se hubiera agolpado alrededor de la jaula si el temor a la vara en actividad no los contuviera. A partir de este momento, mi papel cambió: fui un pájaro precioso de hermoso gorjeo. Después me dieron de



El suplicio de la canga

cenar.

Se prosiguió el camino y llegamos a la capital del gobierno de la provincia Doai. Me pusieron ante el hotel del gobernador general. Este gobernador

era hombre de bastante estatura, de unos cincuenta años, imberbe y de cara hermosa, realzada por una blancura poco común en el Tonkín. Se aproximó gravemente a mí y, después de ha-

ber examinado con interés cuanto tenía, se retiró. Más tarde me hizo saber que dentro de pocos días, me enviaría a la corte de Cochinchina, a la disposición del Rey.

Una vez que el gobernador se hubo alejado, fue rodeada mi jaula por una nube de chiquillos y satélites de los mandarines del lugar. Me compuse lo mejor que pude, y rehusando responder a las preguntas que me dirigían de todas partes, sólo pronuncié estas palabras:

—No tengo miedo—.

Palabras que fueron repetidas de boca en boca.

No, no tengas miedo —me decían—; no queremos hacerte daño alguno; sólo la curiosidad nos atrae junto a ti: nunca habíamos visto un europeo.

En todas las visitas que recibí, una de las preguntas que me hacían los curiosos era la de si yo tenía mujer e hijos; les contesté presto que no, y les expliqué la causa y la utilidad de esta privación, lo que no dejó de ser bien comprendido por mis oyentes.

*Aproveché de esta circunstancia para hablarles de Jesucristo y de su doctrina, y después canté una letrilla a la **Santísima Virgen**.*

EN EL TORMENTO— SE DESPIDE DE LA FAMILIA

La basta jaula de bambú sólo era provisional. En la capital de la provincia le fue ofrecida otra más elegante, pero más incómoda para el mártir. Cuadrada, de cinco pies de alta por cuatro de ancha, no era ni bastante elevada para que pudiera estar de pie, ni lo suficiente larga para que pudiese tenderse. La tal jaula hacía sufrir al prisionero grandes dolores.

*Al cabo de ocho días de enjaulamiento —continúa el mártir—, estoy muy cansado de guardar siempre la misma postura en un espacio tan reducido; por la noche particularmente estoy molido por la dureza de las cañas, pero es necesario sufrir, sin más perspectiva que un aumento de dolores de día en día; tal es la Voluntad de **Dios. Fiat!***

*En cuanto a mis ocupaciones, rezo el breviario, medito y me entrego a la Voluntad de **Dios**; le pido perdón de mis pecados y que me dé fuerza para sufrir con paciencia; le ruego sobre todo que pueda confesar su Santo Nombre ante los infieles.*

El misionero no se llamaba a engaño acerca de la suerte que le esperaba. Así se deja entrever en una